

LA CONQUISTA FISICA DEL NUEVO CONTINENTE

LAS FUENTES DEL ORINOCO

(Tomado de la biografía de la gran arteria, titulada "Orinoco, Río de Libertad". Editores,
Afrodisiaco Aguado, S, A., Madrid, 1953)

Por: RAFAEL GOMEZ PICON

Miembro de número de la Sociedad Geográfica de Colombia,
Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, del
Centro de Historia de Ocaña y de The American Geographical
Society of New York.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 47 y 48, Volumen XIII
Tercer y cuarto Trimestres de 1955*

Cuando se entra en contacto con las ondas del Orinoco tal parece que el espíritu de los guaypunabis y cabres repitiera su admiración ante la presencia del coloso fluvial, que allí alcanza 670 metros de anchura. Paragua... el mar! Es la embocadura del Brazo Casiquiare y se está en plena Orinoquia.

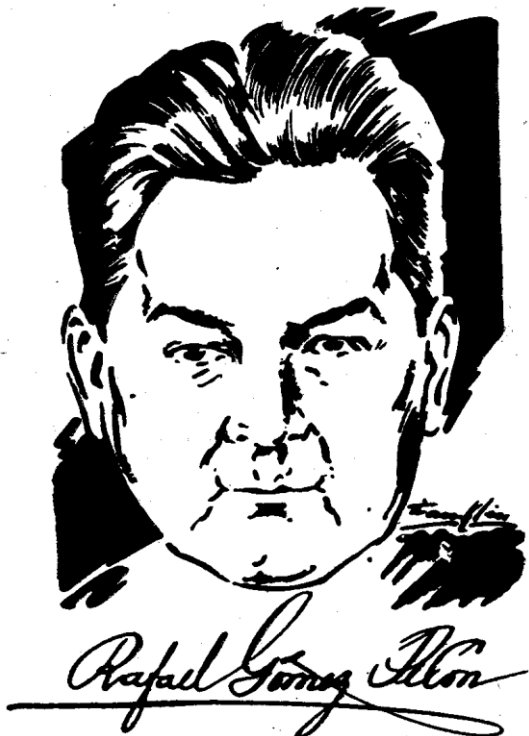
Cerca y en la orilla derecha se encuentra el sitio de Tama-Tama y a unos 40 kilómetros, remontando, está La Esmeralda, antiguo asiento de misiones y lugar elegido como base de operaciones por los expedicionarios que en diferentes épocas se han propuesto, ya buscar las fuentes del río, ya perseguir las vetas de minerales valiosos. Es allí en donde las expediciones se rehacen para emprender las etapas definitivas; solo en estos casos es cuando este sitio parece revivir debido al movimiento que se le imprime. Cuenta con campo de aterrizaje de emergencia que ha prestado servicios oportunos. Antigua trocha construida por los españoles la une con Caicara pasando por el caño Perucito. De allí al raudal Guaharibos hay 139 kilómetros y de éste a las fuentes 143, en distancias reducidas al horizonte. Es la zona habitada por los guaharibos y guaykas

cuyo escaso contacto con los civilizados ha retardado su mejor conocimiento, aun cuando son exageradas las informaciones sobre su alto grado de salvajismo:

Por lo general, cuando el hombre se percata de la existencia de algún río, máxime si éste es de reconocida categoría, obedece a su innata tendencia de recorrerlo no solo en toda su extensión sino de precisar sus extremos, esto es, sus fuentes y su desembocadura. Su cuna y su tumba. Aquel perenne movimiento que de por sí solo entraña una invitación, que es persistente sugerencia, que es ritmo vital, suele despertar en el ser humano una permanente inquietud, mantener latente un desasosiego que, en parte, se amortigua cuando aquel satisface su curiosidad pero que nunca desaparece del todo. Siempre estará listo a renovarse.

Explicable, pues, que esto haya acontecido y acontezca con el Orinoco, vena rectora, columna vertebral del gigantesco y opulento escenario al que da su nombre. No en vano él es el amplio y acogedor regazo de los inúmeros afluentes que al entregarle su vida de hecho lo estructuran como el monarca de los ríos de la Orinoquia.

De tan bien fundada caracterización perfilase, desde luego, como el primero de los ríos venezolanos; y entre Los grandes ríos alcanza la elevada jerarquía de tercero de la América del Sur, esto es, después del Amazonas y del Paraná; quinto del Nuevo Continente, es decir, después de aquellos y del Mississippi y el San Lorenzo; y décimo del globo,, antecediéndole los nombrados más el Nilo, el Congo y el Niger, en Africa, y el Yang-Kiang y el Brahamaputra, en Asia.



Diversos han sido los intentos realizados en la búsqueda de sus fuentes desde tiempos ya lejanos. Entre los varios objetivos que el dinámico don José Solano y Bote recomendó a don Apolinar Díaz de la Fuente se contaron los de posibilidad de nuevas fundaciones, localización de los cacahuales de cuya existencia tenía noticia cierta y el reconocimiento del origen o fuentes del Orinoco.

Partió aquel de San Fernando de Atabapo el 3 de diciembre de 1759 y después de haber subido por el Padamo- regresó al Orinoco. En su Diario detalla cómo acontecieron aquellas trascendentales andanzas por las cabeceras:

Por interlocución de un indio Uramanavi, dice, pregunté al cacique Yoni, si había navegado por el Orinoco hasta sus cabeceras; me contestó que sí y que había ido a guerrear contra los Guaharibos, que eran muy valientes; que yo no fuera porque perecería con toda mi gente, por ser indios que no admiten amistad con ningún género de indios; y además, que el río no permitiría llegar por ser en aquel paraje muy pequeño, con poca agua y muchos raudales; que ni las curiaras pueden navegar, ni por tierra se podía subir; que ellos vieron este paraje porque entraron navegando por el río Vermo, que tiene sus cabeceras en la parte opuesta de la Sierra Paruma o Parima, y por ella viene el río de este nombre por los Guaharibos, que los Maquiritares llaman Paraba y Orinoco los caribes. Este río tiene sus cabeceras (según informaron estas tres naciones de indios), en las serranías del Ventuari, del Caura, del Yeuyuni o Yuriario, y que el Orinoco grande o Paruma, corre entre S. y E., faldeando todas estas sierras hasta llegar a las montañas Parumas, y queriendo hacer rompimiento por ellas, hacen las aguas un gran rebalzo de más de 5 leguas de ancho contra esta serranía, y el gran poso de ellas se ha abierto paso por un resumidero por debajo de las montañas o de una piedra de formidable magnitud que atraviesa las dos serranías, y da salida esta porción de agua, que es el Orinoco chico (según estos indios lo llaman); rompe luego un fuerte brazo hacia el Orinoco, despidiendo a las 3 leguas un brazo que va para el Río Branco, que desemboca en el Río Negro, llamado Amanabisi; a las 4 (según dio relación) despide otro para el Río Branco, que llaman Adorabisi.

Y continúa Díaz:

Dicen estos indios que hasta aquí no más navegaron, y que entonces vieron cómo se forma el Orinoco, abortando de esta gran montaña. Aseguran también que toda esta tierra está habitada por indios Guaharibos, así mismo me precisan el tiempo que tardaría en llegar a este paraje; lo que hallé verídico; con lo que acabé de comprobar aquello que no pude ver, porque por jornadas me dieron las señas de lo que había de encontrar. Las relaciones de los urumanavis estuvieron conformes con estas, con solo la variación de los nombres que dan a los ríos según sus diversos idiomas.

Después de escuchar todo, aquello en el puerto de los maquiritares, en el Orinoco, Días de la Fuente remontó llegando el 31 de marzo al Ocamo o Ucamo y continúa su interesante relato: «De aquí hasta las cabeceras del Orinoco habrá unas 70 leguas». Cuando el 11 de abril de 1760 llegó a lo que él consideró el fin del Orinoco, esto es, el principio, después de tenaz navegación, estampó en sus notas:

El poco caudal de aguas que en éste paraje tiene, nos impidió la navegación, no siendo posible continuar a pesar de las diligencias que hicimos para verificarlo; este sitio está al pie de una gran cordillera llamada Paruma, de donde sale un despecho de agua, que es el que da principio al famoso Orinoco. Viendo la imposibilidad de poder seguir más adelante, convoqué a mi gente para que discurriesen el modo de trepar por aquellas montañas; pero ninguno lo pudo verificar, y los indios Urumanavis me repitieron que no me cansara que no entrando por el río Ocamo no lograría ver salir las aguas por debajo de la ippa (piedra, según su idioma). En vista de esto, exigí a todos un certificado conteniendo lo que veían del plan del terreno que allí mismo saqué, y de la imposibilidad de pasar más adelante, ni por agua ni por tierra; cuyo documento para en mi poder.

Ese **despecho de agua** es nada menos que un torrente furioso que al brotar de la Paruma o Parima, según el minucioso y sereno relato, es el nacimiento del río. Consta, además, una advertencia en su mencionado Diario:

Para mayor claridad de esta relación me es preciso advertir que mediante ir demarcadas en el plano que de este viaje voy formando, no pongo por relación todas las islas, ríos, arroyos, raudales y serranías que en esta larga navegación se encuentran, y así todo va demarcado en los lugares, distancias y rumbos que a cada cosa le corresponde: solo doy noticia de las cosas notables que en la instrucción se avisa y ordena.

Por otra parte, en un diario que se supone del propio José Solano, se afirma:

El río Orinoco nace en el punto de los 5° de latitud septentrional y 66° de longitud occidental de París, corre al N. como 20 leguas, y 80 entre Oriente y mediodía: forma con otros un gran lago que llaman Parime en el centro del gran país que los geógrafos nombran la Guayana, y cae de una alta serranía llamada Parumá, tan precipitado que se levanta parte en vapor formando una gigantesca nube: desde allí hasta los 4° de latitud setentrional y 70° de longitud occidental de París, corre al occidente inclinándose al N., habiéndosele incorporado a 40 leguas por el S. el río Umaguaca o Mawaca; 20 leguas más abajo entran en el Orinoco por el setentrión los ríos Ucamu u Ocamo, Padamu o Padamo, que nacen en las sierras Parumas, y en la media distancia del salto del Orinoco rompe aquel por su parte meridional con un brazo llamado Casiquiare.

Como se observa, en esta última relación hay la apariencia de una mayor precisión establecida a base de coordenadas geográficas; por su parte Díaz de la Fuente, quien levantó el mapa o plano de excursión, no suministra demarcaciones, rumbos, ni distancias. Además, mientras éste afirma que «este sitio está al pie de una gran cordillera llamada Paruma, de donde sale un despecho de agua, que es el que da principio al famoso Orinoco», Solano asegura que éste «forma con otros un gran

lago que llaman Parime en el centro del gran país, que los geógrafos nombran Guayana, y cae de una alta serranía llamada Parumá, tan precipitado que se levanta parte en vapor formando una gigantesca nube». Resulta, en verdad, muy diferente la manera de nacer. Solano es considerado como persona de gran responsabilidad y los documentos de Díaz de la Fuente a quien, como se ha visto, comisionó aquel para realizar tal exploración fueron revisados y ordenados por el notable cosmógrafo y marino don Felipe Bauzá, por mucho tiempo Director del Gabinete Hidrográfico de Madrid y miembro de la Real Sociedad de Londres, según lo hace constar el famoso explorador venezolano Francisco Michelena y Rojas.

Por orden de don Joaquín Sabas Moreno de Mendoza, Comandante Gobernador de la Provincia de Guayana, el alférez Francisco Fernández de Bobadilla partió de Güayana el 4 de febrero de 1764 hacia el Alto Orinoco; el 11 de mayo llegó al río Padamo el que remontó para llegar al poco tiempo al Manchuri o Mariguano, cuyas fértiles márgenes, pródigas en cacaotales, registró en diferentes direcciones para llegar al día siguiente al caño Maguanami que nace al Este; topó con el raudal de Guare en donde el cacique Guarena le suministró interesantes informes sobre la zona en donde encontrarían numerosos cacahuales.

Llegó a Inabapu cuyo capitán del mismo nombre lo abasteció de alimentos y el 4 de junio, en pleno atardecer, pudo contemplar la hermosa caída del Cuitamoni que se arroja por sobre una peña de 120 pies de altura, a sorprendente velocidad, para desembocar, en el Padamo.

Nos pareció niebla —dice— lo salpicado de la peña, que con la rápida de la corriente se elevaba: saltamos en tierra en su inmediación y mientras consideraba las dificultades que se me presentaban para continuar, por lo agrio del camino y el modo con que podría seguir, llegó un indio y me dijo: «Mañana, por allí el sol» (señalándome el sitio), llegaremos a la casa del capitán Guarena. Esta noticia me lisonjeó, pues creía tardar tres, días en pasar el raudal. Informado, hallé que por tierra se iba; en dos horas como en efecto lo verifiqué...

Este joven e inquieto explorador cultivó con éxito la amistad con Guarena quien lo condujo a través de los cerros, cañadas, valles y cacaotales, hasta dar con una sabana muy extensa que era del dominio del capitán de los **macos**, quien también le hacía compañía, y en donde con frecuencia guerreaban con los caribes quienes irrumpían en aquella con el propósito de robarles sus mujeres e hijos. «Nosotros somos más que nuestros enemigos, afirmaba el cacique, mas ellos traen muchas escopetas a que tenemos mucho miedo».

Aquella sabana pareció a Fernández Bobadilla muy apropiada para la cría de ganado y lamentó no poder reconocer hasta el Caura; el 24 de junio inició el regreso para llegar a los pocos días al Orinoco y continuar remontándolo. «A medio día pasamos el Ucamo, dice, río bien grande; y según noticias por él se sube con más brevedad que por el Padamo, a la sabana de la nación Maca y aún hay tradición que es brazo del Orinoco». Continuó su exploración recogiendo el cacao que le fue posible; reconoció el Mawaca en corta extensión y regresó acompañado de varios caciques a Ciudad Real, a donde llegó el 6 de agosto.

Por lo general estos ímpetus de exploración o descubrimiento, estaban impulsados por la ambición de llegar al soñado lago de Parima o a la suntuosa ciudad de Manoa... capital de El Dorado.

Tal vez anhelando que bajo su ilustre mandato aquel sueño se tornara en realidad, fue por lo que el gobernador de Guayana, don Manuel Centurión Guerrero de Torres, se interesó vivamente en la realización de nuevas expediciones.

La persona indicada era don Antonio Santos de la Puente, nacido el 13 de abril de 1749 en el extinguido poblado de Amaruca, al oriente de los Castillos de Guayana la Vieja, e hijo de don Luis Santos López de la Puente y doña Rosa Filgueira y Barcia. Como cadete acompañó a Díaz de la Fuente y a los capitanes Antonio Barreto y Juan Antonio Bonalde, fundando poblados y levantando fortificaciones, de cuya comandancia estuvo encargado algunas veces como, por ejemplo, en el fortín de San Luis en la desembocadura del Erevato.

En verdad que su elección resultaba acertada dadas sus excepcionales condiciones; unía a su juventud gran vivacidad y un estupendo coraje y tenacidad, además de haber llegado a dominar a la perfección la mayoría de las lenguas indígenas. En especial esta última circunstancia y la destreza para pintarse con onoto, a la manera indígena, fue la que le permitió escurrirse inadvertido por entre tribus antropófagas, en alguna ocasión en que la aventura de su vida lo colocó en tan extraña y peligrosa situación.

En 1770-1771 remontó el Paragua, atravesó la serranía Pacaraíma en la zona llamada Quimirocapa y por el Parima entró al Río Branco en donde los portugueses lo apresaron siendo conducido hasta él Gran Pará, en donde permaneció cautivo cerca de tres años, para regresar a Angostura por la vía Río Negro-Casiquiare-Orinoco. Háse sugerido que en esta ocasión pasó por el lago Amacú, o Maroa, o Parima, o Casipuna. El indio que lo guiaba huyó pero él estuvo lejos del desconcierto. En 1774-1775 acompañó al capitán Barreto quien remontó el Caura y el Erevato y después de atravesar la sierra Maigualida, por el Maniapari cayó al Ventuari para seguir por tierra a La Esmeralda. Los diecinueve puestos fortificados que con la ayuda de los maquiritare, yauarana, maco, uiquiari,

uayungomo y algunas otras tribus habían levantado, desaparecieron bien pronto devoradas por el fuego que éstos, de común acuerdo, hubieron de prenderles.

Nicolás Rodríguez, compañero de Antonio Santos en la primera expedición, realizó en 1775 a 1776 una nueva expedición, también ordenada por Canturión; partiendo de Angostura siguió el mismo itinerario de Santos hasta llegar al Río Branco.

No es posible olvidar que antes de las mencionadas expediciones, por allá de 1738 a 1739, el cirujano Nicolás Hortsman había explorado buena parte de las zonas recorridas por Santos y Rodríguez.

En 1873-1838, Codazzi solamente remontó el Orinoco para tomar la vía de Casiquiare hasta su desembocadura, de donde regresó; de 1838 a 1839, Roberto H. Schomburgk, saliendo de Demerara remontó el Essequibo, pasó al Río Branco y después de atravesar la sierra Parima descendió por el Padamo al Orinoco para seguir por el Casiquiare al Amazonas. Por su parte el brasileño Pedro Joaquín Ayres, después de explorar el Cuyuni, subió por el Sipapo a mediados de 1842 y de sus cabeceras salió al Ventuari por el que bajó al Orinoco. Michelena y Rojas, en su segundo viaje en 1857, exploró el Mawaca.

Hasta aquí los únicos exploradores que han hablado de manera rotunda sobre las fuentes del Orinoco han sido, como se ha visto, Díaz de la Fuente y Solano, con el agravante para este último de que él no remontó el río sino hasta las bocas del Vestuari. Algunos de los otros es lo más probable que hayan rondado muy cerca de aquellas. Mas en 1886 aparece el explorador francés Juan Chaffanjon hablando de un modo tan terminante como si pretendiera borrar hasta la sombra de la duda. En efecto, en su obra intitulada L'Orenoque et le Caura, publicada en 1889 en París, afirma:

... Después de dos horas de marcha, encontramos sobre la orilla derecha una corriente casi seca, proveniente del flanco de la montaña, luego otra sobre la orilla izquierda formada por algunos hilillos de agua; en fin, nuestro derrotero llega a su final. Es preciso escalar rocas, trepar cascadas. El Orinoco no es mas que un torrente que desciende sobre las rocas. Inútil proseguir puesto que yo no puedo contar por más tiempo con la fidelidad de mis hombres. Por lo demás estoy satisfecho; he encontrado el origen de este río misterioso: la Sierra Parima, cuya altura fluctúa entre los 1.200 y 1.400 metros. Fue entonces cuando con emoción y un orgullo bien legítimo, descubriéndome religiosamente, desplegué nuestro pabellón tricolor.

Estas soledades, que ningún europeo había visitado aún, ven por vez primera, el 18 de diciembre de 1886, flotar la bandera francesa, no en son de conquista, sino como un zapador del progreso y

de la civilización. Desde este sitio, yo envió a través de los mares mis votos a mi querida patria, y, para perpetuar el paso de uno de sus hijos por el nacimiento del Orinoco, yo doy al pico de la fuente el nombre de un francés ilustre: Ferdinand de Lesseps.

He conseguido el fin que me había propuesto; mi viaje desde Bolívar ha durado siete meses y medio; he dejado a San Fernando hace cuarenta y siete días, de los cuales los dieciocho últimos han sido empleados en explorar una región completamente nueva para la geografía.

Chaffanjon fue comisionado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de Francia el 24 de mayo de 1884, para que efectuara una exploración científica en la hoya del río, debiendo remontarlo; a la vez que hiciera su descripción geográfica debía estudiar la fauna, la flora y la geología, así como los usos y costumbres de las agrupaciones indígenas que encontrara en sus márgenes, es decir, que se proponía estudiar la historia natural y la antropología de la región, sin descuidar el descubrimiento de las fuentes. Sobre este particular afirma en su citada obra: «Yo me proponía también descubrir las fuentes del Orinoco, pero las dificultades que habían desalentado a los exploradores que me habían precedido me dejaban poca esperanza».

El traspasó el raudal de Guaharibos internándose considerablemente en aquellas lejanas y desoladas regiones hasta el punto de que, por lo menos, fue el explorador que en el siglo pasado logró llegar más arriba en las cabeceras. Acaso por la imprecisión científica que resalta a simple vista en la manera de describir la ubicación de las fuentes, que adolece de un tono esencialmente paisajista, así como por los informes verbales suministrados por gentes que formaron parte de su expedición, no se creyó nunca en el hecho pésele a las rotundas afirmaciones consignadas en su obra; aun cuando también es cierto que éstas no fueron desmentidas en una forma más seria y por lo tanto más aceptable. ¿Estaban en lo cierto Díaz de la Fuente y Chaffanjon?...

Además de **L'Orenoque et le Caura**, libro interesante por diversos aspectos, pudiera afirmarse que esta ha sido una exploración con **Suplemento Literario**, toda vez que sobre sus datos el famoso Julio Verne forjó una novela intitulada **El Soberbio Orinoco** la que desde luego tiene por escenario el gran río. Con profundas ilustraciones y en el fondo destinada a cantar o a popularizar la exploración de su compatriota, tal obra debió tener éxito en su época, dado lo original del tema, así como el prestigio que su autor llegó a conquistar con sus numerosas, originales y leídas publicaciones. Mientras tanto las fuentes continuaron siendo un interrogante.

A las exploraciones anteriores habría que agregar las de Fray Antonio de Jerez en 1766 y Dionisio de Arnaud de 1835 a 1837. Este fundó varios poblados en Mawaca en donde ejerció el cargo de Comisario para el que fue designado en 1838 por el general Tomás de Heres, por entonces

gobernador de Guayana; murió en San Carlos en 1841. En 1897 Guillermo Escobar, nativo del Alto Orinoco, viajó a la sierra Parima suministrando en detalles las distancias a la desembocadura del Brazo Casiquiare.

Ya en el presente siglo destácase la expedición realizada por el alemán Theodor Koch-Brunberg que abarcó extensas zonas de las Guayanas Inglesa y venezolana, así como del Brasil, comprendidas entre las fuentes y cabeceras del Caura, Paragua, Parima, Río Branco, Orinoco, Padamo y Ventuari. Trepó a la cima del Roraima que se empina hasta los 2.650 metros y de las cabeceras del Río Branco bajó al Orinoco a los Ríos Merevari y Ventuari. A principios de 1913 salió de San Fernando de Atabapo y subió al Orinoco para llegar al Río Negro por el Casiquiare y de allí continuar por el Amazonas hasta el Atlántico.

Refiérese de este notable explorador y hombre de ciencia que se asimilaba con sorprendente facilidad a las costumbres de las tribus, a la vez que con mucha prontitud aprendía su lenguaje; tales circunstancias le permitieron acumular múltiple material, valioso aporte científico según lo demuestra en su obra publicada en Stuttgart en 1932, intitulada «Las agrupaciones indígenas en el Río Branco, Orinoco, Río Negro y Yapurá». De 1903 a 1905 había explorado el Alto Guainia-Río Negro, así como el Yapurá o Caquetá y algunos de sus afluentes, consignando sus importantes observaciones en su obra «Dos años entre los indios del N. O. del Brasil», publicada en Berlín en 1906.

Tan denodado y eficaz explorador rindió la jornada definitiva el 8 de octubre de 1924, en el sitio denominado «Vista Alegre», remontando el Río Branco, víctima del paludismo. Lo sorprendió, pues, la muerte en plena investigación.

Quedaban tatuadas de exploraciones en esta forma, poco más o menos, las cabeceras y fuentes del río, cuyo estudio y exacta ubicación han estimulado el coraje, el ímpetu científico y aun la simple curiosidad. Mas como el interrogante sobre su origen continuaba en pie, el hombre, y especialmente el hombre venezolano, a su vez seguía un tanto azogado por el anhelo de precisar la verdad. Era una justificada inquietud latente.

La urgencia de organizar en debida forma una nueva expedición que entre otros persiguiera tal fin, fue sugerida por Instituto Panamericano de Geografía e Historia reunido en Caracas en 1945. En 1949 un grupo de jóvenes exploradores franceses fue autorizado por el gobierno nacional para explorar hacia la sierra Parima, sobre la cuna del río. Se trataba del grupo Liotard, bautizado así en homenaje al joven expedicionario Louis Liotard, sacrificado en el curso de su segunda expedición al Tibet en 1949. Sería esta la **Expedición Francesa Orinoco-Amazonas**.

Tan pronto como se procedió a su organización se cayó en la cuenta de que para llevar a cabo empresa de tanta entidad, se requería no solo la colaboración de los centros científicos del país sino el decidido respaldo oficial. Una vez garantizado éste, el proyecto quedó bajo la égida del gobierno representado en los Ministerios de Educación, Defensa Nacional, Minas e Hidrocarburos y Obras Publicas, debiendo aportar cada uno la cuarta parte del valor total de los gastos.

Bien se comprende que de la organización que se diera a este esfuerzo dependería, en gran parte, su éxito. Correspondiere al Mayor de las Fuerzas Armadas Nacionales, Franz Antonio Rísquez-Iribarren, organizarla y conducirla. Su preparación, su dinamismo y recia voluntad, todo esto unido a su juventud, pues nació en Caracas el 12 de junio de 1915, lo destacaron como jefe nato de esta empresa de civilización. Además, representaba al Ministerio de la Defensa Nacional.

Así surgió la **Expedición Franco-Venezolana** quedando integrada por Joseph Grellar, geógrafo e ingeniero hidráulico, jefe y organizador del grupo francés; Franz Laforest, arqueólogo y dibujante, diplomado en Bellas Artes en Paris y Montreal; Pierre Couret, botánico, naturalista y mineralogista; Raymond Pellegrie, operador y técnico de radio; Pierre Ivanoff, ayudante al Comando.

El grupo venezolano, además del Mayor Rísquez Iribarren, estaba constituido por el profesor J.M. Cruzent, arqueólogo, Director del Museo de Ciencias Naturales de Caracas, representante del Ministerio de Educación; doctor **Luis Carbonell**, médico antropólogo, en representación de la Universidad Central de Venezuela; profesor León Croixat, ecólogo, geobotánico, representante de la Universidad de los Andes; doctores Carlos Luis Carmona, Juan Marc Decivrieux y Edimar Von der Osten, geólogos, representantes del Ministerio de Minas e Hidrocarburos; doctor Pablo J. Anduze, entomólogo-zoólogo, miembro del Instituto de la Fiebre Aftosa; teniente Alfredo Alas Chaves, oficial activo de la Fuerzas Armadas, representante del Ministerio de la Defensa Nacional; Félix Cardona-Puig, geodesia y radio, en representación del Ministerio de Obras Publicas; Félix Cardona hijo, ayudante; profesor René Lichy, voluntario; Ildelfonso Villegas, ayunte del Comando; Manuel Bouitron, jefe de peones, los que se contrataron en número de treinta y cinco.

Tal fue el personal con que se inició la expedición en abril de 1951; dos miembros del grupo francés y siete del venezolano, mas seis peones, hubieron de ser evacuados por enfermedad, incapacidad física, propia solicitud, en el curso de las jornadas.

Prevaleció en los diferentes aspectos la más estricta disciplina, de manera especial en los de prevención e higiene; el respaldo de la buena suerte, ten decisivo en los empeños humanos, contribuyó en que en tan arriesgado esfuerzo no se hubiera causado ninguna defunción. Solo una fiebre tropical apareció en la isla del esfuerzo, a quince días remontando a partir del campamento

base de La Esmeralda, de donde salieron el 6 de agosto, atacó a la mayor parte de los expedicionarios quienes, una vez dominada, la apodaron familiarmente fiebre "guahariba", cuya duración fue, por lo general de cuatro días.

Las condiciones climatéricas fueron halladas excelentes y las manifestaciones de paludismo se cree importadas del Vichada y del Meta sin descartar, desde luego, el tremendo azote de la plaga; no hay enfermedad de chagas ni anquilostomiasis, pésele al elevado grado de humedad. El material recopilado para las diversas investigaciones médico-etnográficas de la extensa zona, que habrán de adelantarse oportunamente, es abundante. Una parte será llevado a diferentes museos del exterior, especialmente del Brasil, con el fin de establecer las respectivas comparaciones.

El conocimiento de la Farmacología indígena, por ejemplo, será ampliado con el análisis de venenos y narcóticos que se realizará en la Universidad Central de Caracas; también habrán de ser objeto de un detenido examen las semillas del cacao silvestre, al parecer inmune, por parte del Instituto Nacional de Cacao del Ministerio de Agricultura y Cría; además, se recogieron no pocas plantas ornamentales vivas para ser replantadas en Caracas, así como en la isla del Esfuerzo se practicaron excavaciones arqueológicas con el fin de precisar hasta dónde llegaron las corrientes migratorias de las culturas prehispánicas, con resultados satisfactorios.

De la isla del Esfuerzo en adelante se acentúa la presencia de raudales, saltos e islas, cuyo bautizo perfiló de nombres de la ruta, no pocas veces en memoria de los viejos exploradores o ya en obediencia a sus características: Raudal del Esfuerzo, Raudal de la Curva, Gran Raudal, Salto de Michelena y Rojas, Islas Porfín, Raudal El Laberinto, Caño de la Coromoto, Raudal El Quinto, Isla de los Tiestos, lugar éste en donde el Orinoco ha reducido su anchura hasta los 70 metros. Un nuevo salto de 12 metros de anchura fue bautizado con el nombre de Díaz de la Fuente, al que le siguieron los saltos de Bobadilla y Solano.

Tanto la vegetación como la formación del piso cambia notoriamente a medida que se avanza y los expedicionarios fueron entrando en contacto con los guaharibos y guaikas, quienes recibieron algunos obsequios y a la vez suministraron informaciones. Nuevos nombres van marcando el ascenso: Zona de raudales Cajigal, Los Muchachos, Monserrat, saltos de Las Academias, de Aristides Rojas...

Rísquez-Iribarren, Carbonell, Cruxent, Anduze, Cardona-Puig, Cardona, hijo, Pellegrie, Villegas, Ivanoff y 30 peones fue el personal con el que se reiniciaron las jornadas finales desde el campamento de la Horqueta-Mina el 20 de noviembre, hacia el suroeste de la Sierra Parima. Allí desemboca un afluente que viene de aquel rumbo, el cual fue bautizado con el nombre de «Río del

Estado Mayor». En el respectivo boletín, expedido por la Jefatura de la Sección II del Estado Mayor General, se detalla cómo fueron apareciendo sucesivamente nuevos raudales, cerros, zonas aluviales, cascadas, aun con un raudal de 6.645 metros cúbicos de aguas medias por segundo. Extensos platanillales se ofrecieron también a la vista, encajándose definitivamente entre los altos breñales que allí forman auténticos desfiladeros, hasta llegar a la confluencia con un nuevo afluente que aporta 1.380 metros cúbicos por segundo, en donde se forma una horqueta, típico lugar que fue denominado «Punto Cruxent». Entre el campamento de la Horqueta-Mina y la desembocadura del río Ugueto se encuentran los saltos «Araguaney», «Flor de Nácar» y el raudal de «Tobogán»; el primero que es el de mayor importancia fue rebautizado «Salto Libertador».

El río continúa adelgazándose a medida que se insiste en el ascenso, haciéndose la navegación difícil aun para las curiaras, pésele a los arrochelados y cristalinos afluentes que continúa recibiendo de ambas márgenes, entre los que se destacan dos: uno que corre al este con 2.931 metros cúbicos de agua por segundo, y otro al sur con 1.035, a una altura de 740 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura de 23° grados centígrados, haciéndose presentes nuevos aportes aun cuando de menor valía.

Se intensifica el tormento de su infancia a medida que ella discurre por entre las implacables y retorcidas torrenteras que le sirven de lecho, en las que tal parece que se adiestrara con eficacia para realizar los ciclópeos trabajos que le esperan a lo largo de su complicado curso. Así se le ve irrumpir en el seno de impresionante paraje pregonando su alborozo con infantil a la vez que aparatoso ademán, al arrojar desde una altura de 17 metros 43 centímetros, acción ésta que lo hace aparecer como un joven e incauto dios que oteara el horizonte desde los 770 metros sobre el nivel del mar. Llamósele «Salto doctores Rísquez», en homenaje a destacados ascendientes del jefe de la expedición.

Fue un enhiesto farallón, un cincho majestuoso de 75 metros de elevación aproximada, el que con granítico impulso inaccesible advirtió a los expedicionarios que él era a modo de cancerbero de la cuna del predestinado infante fluvial, al esconderla entre sus propias entrañas. Allí, a los 2° 19' 05" 7, de latitud norte; 63° 21' 42" 6, de longitud este y una Cota Barométrica de 1.047,35 metros de esta ubicación científica de sus fuentes

Las anteriores coordenadas geográficas modifican notablemente las apreciaciones que hasta el presente se habían hecho sobre el origen, cauce y corriente del río, del que ahora se sabe con certeza que se forma de la confluencia de un río sin nombre, que seguramente en lo sucesivo se denominará Venezuela, y el Ugueto. Tales ríos son conocidos en el Brasil con los nombres de Brazo

Principal y Brazo Secundario del Orinoco, respectivamente. ¿Corresponderán ellos al Orinoco Grande y Orinoco Chico mencionados por los indios en el relato de Díaz de la Fuente?... El segundo había sido explorado en 1942 por los doctores Miguel de Lemos e Hilario Itriago.

El pabellón de Venezuela fue clavado en el sitio preciso en medio de la más intensa emoción y «en nombre de Dios Todopoderoso y como gloria al Bravo Pueblo», según encabeza el lacónico documento en el cual consta el trascendental acontecimiento.

Una vez reconocido el contorno y un tanto adelante de las fuentes se estableció el «Campamento Rísquez» en la cima de un cerro de 1.100 metros de altura, que fue bautizado «Coronel Delgado Chalbaud», en memoria del ilustre y malogrado gobernante venezolano. Allí mismo se levantó un hito de cemento o «Poste Geográfico N°3», en cuyas paredes se grabaron las iniciales de los Ministerios mencionados, así como las del Estado Mayor General del Ejército y las de otros colaboradores. Desde aquel lugar el Mayor Rísquez dirigió el siguiente mensaje: «A las 8:40 horas del día 27 de noviembre de 1951, la expedición francovenezolana llegó al nacimiento del río Orinoco. ¡Muy satisfechos y orgullosos nos encontramos todos por haber cumplido la honrosa misión que nos fue encomendada! Pueden tener la absoluta seguridad de que Venezuela ya conoce dónde nace su principal río».

Las tribus Quiasarido, Quiarika y Taramuri, de la nación Guaika, que se mantienen guerreando entre sí, son algunos de los habitantes de esta agreste región. Los taramuri hicieron a los expedicionarios una visita que bien pudiera considerarse **de cortesía**, tan pronto como se enteraron de su presencia en sus predios; en lo general los acompañaron en su regreso, iniciado el 4 de diciembre, hasta el campamento de «La Horqueta-Mina», ayudándoles a transportar la carga

La expedición contó con organismos oficiales de coordinación en Caracas y fue dotada de los materiales necesarios: científico para toda clase de investigaciones; de transporte como aviones, motores, curiaras; radios, teléfonos de campaña, equipo de campo, vestuario, armamento, inclusive cohetes de señales; material fotográfico, provisiones, artículos para obsequiar a los indios. La cooperación de las Fuerzas Aéreas fue de suma eficacia ya transportando personal y carga, bien con el preciso lanzamiento de paracaídas, ora realizando interesantes trabajos aerofotográficos de la región.

De otra manera no hubiera sido posible llevar a feliz término empresa tan múltiple: ubicación exacta de las fuentes, investigaciones geológicas, arqueológicas, etnográficas, estudios geográficos, hidrográficos y de topografía, ecología de la flora y de la fauna, obtención de fotografías y filmación de aspectos interesantes.

Con la decisiva y oportuna cooperación del hombre, el río Padre ha refrendado en esta forma su excelsa categoría no solo ante la hidrografía de la Orinoquia, sino ante las de las Américas y del mundo en general, pudiendo ostentar la verdad de su origen, buscada con afán desde tiempos lejanos.

En los más importantes centros científicos del orbe, y de modo especial en los estadinenses, la noticia ha sido acogida con gran interés, siendo considerada como una nueva base muy firme en lo que se relaciona con la conquista física del Nuevo Continente.

Queda abierto amplio camino para futuras expediciones llamadas a establecer la veracidad sobre las diversas riquezas que se supone alberga la intrincada, extensa y desconocida región





El Hotel Estación, en el puerto colombiano de Buenaventura sobre el Océano Pacífico, es un edificio de cualidades adecuadas a su propósito.